

LA GUERRA CARLISTA

los nuestros. El Cura tenía más de dos mil hombres, y los sorprendió dormidos. Esta mañana llegó un soldado cubierto de heridas.

—¿Y los otros?

—Se teme que hayan caído prisioneros.

El capitán suspiró:

—¡Pues no me extrañaría que hubiesen sido bárbaramente inmolados!

Comenzaban á tocar las cornetas en la plaza.



IX

El Mariscal de Campo Don Enrique España había entrado en la antigua villa agramontesa como en un campamento de moros, desplegadas las banderas, sonantes los tambores, la soldadesca hambrienta y desmandada, soberana y soberbia. Los sargentos veteranos jaleaban á bisonños que, por cobrar fama, se mostraban audaces y rompían filas, entrándose á las casas, abrazando á las mozas, sacando afuera las herradas llenas de vino... Por castigar á la villa

LA GUERRA CARLISTA

de su claro abolengo legitimista, el anciano general asentó sus cuarteles en un convento de monjas y mandó clavar la campana que anunciaba los rezos. Solamente días después, al terminar un agasajo de chocolate y confituras, le venció el ruego de las monjas, y con galantería de viejo gentilhombre dejó aquel alojamiento para trasladarse al palacio de Redín.

La Condesa, dama en otro tiempo muy famosa por sus ideas liberales, hacía muchos años que llevaba vida retirada entre aquellos muros, sin pisar jamás la calle. Era una anciana de gran talento y de extraordinaria energía, con una vanidad un poco rancia por su belleza pasada, por su literatura epistolar y por la gloria del general Redín. Al conocer el triunfo de las armas liberales, habiase calado los espejuelos de concha, y requerido la pluma para ofrecer

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

su palacio al vencedor de las partidas carlistas reunidas en Otain. En la carta, muy larga y de letra ya temblona, hacía recuerdo de su luto y de su soledad, con una melancolía que evocaba el buen tiempo de los rizos cayendo sobre las mejillas y de las camelias en los corpiños. Consagraba un suspiro á los días felices, aquellos cuando aún la muerte no había segado la hermosa vida de su inolvidable esposo el Capitán General de los Ejércitos Don Francisco de Redín y Espoz, Conde de Redín y Marqués de los Arapiles. ¡El héroe nacional en la gran epopeya de la guerra contra Bonaparte!

Al cabo de los años se abrieron nuevamente los grandes balcones del palacio, y el sol, iluminando rayolas de polvo, entró en las estancias, y vió pasar la sombra de la anciana señora y el claro vestido de su nieta. En el patio,

LA GUERRA CARLISTA

todas las mañanas cantaba un clarín, y á lo largo de los corredores se acompasaba el són de las espuelas con el són de los sables. La Condesa sentíase revivir. Con una sonrisa de abuela se asomaba á las ventanas para ver entrar á los ayudantes del general cuando volvían de correr el campo, en alegre tropel, á la caída de la tarde. Y nunca ponderó su bizarría sin tener que enjugarse los ojos. En el patio, las herraduras de los caballos resonaban con noble estrépito, y aquellas piedras viejas se animaban con el golpe de uniformes y el aleteo de las banderas.

La llegada del general y de su Estado Mayor llevó gran mudanza al oscuro palacio de Redín. La Condesa, desde muy temprano, poníase una pañoleta de encaje sobre la nieve de sus canas, y se colgaba al cuello un gran medallón de oro, que aprisionaba en cerco de diamantes

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

rosas el retrato en miniatura del inolvidable general Redín. En cuanto á la nieta, pasábase las horas en el salón hablando con algún oficial del Estado Mayor. Ellos la cortejaban muy respetuosos, y ella los miraba con un hechizo riénte, sintiendo un poco de calor en las mejillas. Alguna vez, para templar las hipérboles galantes, hablaba de su aburrimiento en aquel palacio, con su tertulia de señoras graves, que seguían discutiendo las batallas de la primera guerra carlista, encorvadas, gruñonas, haciendo hilas, apartadas en bandos. Doña María Liñán, el aya, y la abuela, para los heridos liberales. Y las otras, un grupo de cinco viejas solteras, para los heridos de la Causa.

Eulalia, si algún momento quedaba sin escolta, mirábase al espejo, se prendía una flor, y en el clavicordio de la abuela tocaba un vals, que

LA GUERRA CARLISTA

había bailado mucho en otro tiempo, cuando sus padres daban fiestas en su palacio de Madrid. Aquel caserón tan viejo y tan alegre, que parecía haber recogido entre sus muros el rumor de una verbena, adonde acudiesen princesas manolas y duques chisperos. Algunas veces la abuela buscaba la compañía de la nieta. Eulalia oía desde lejos el golpe de su bastón, y se volvía hacia la puerta para enviarle una sonrisa, con los dedos volando sobre el rancio marfil. La Condesa tomaba asiento en un sillón, y cruzaba las manos, con mitones de seda, sobre la muleta de plata de su caña de Indias. Enfrente tenía el retrato del inolvidable general Redín. Era un lienzo de enorme tamaño, pintado en el año treinta por Antonio Esquivel. Representaba al héroe vestido de gran uniforme, con casaca azul bordada de oro, calzón blanco y altas botas. Tenía

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

una mano en la empuñadura del sable y la otra en el pecho, con tres dedos, desapareciendo bajo la banda de Carlos III. Unos rizos muy negros, aplastados sobre la frente, le caían hasta el arco de las cejas, y los ojos tenían una hermosa mirada guerrera y fiera. La Condesa, después de suspirar varias veces abriendo y entornando los párpados, solía dormirse ante el retrato de su inolvidable esposo, arrullada por los recuerdos y por el vals que tocaba su nieta.

¡Oh, música ligera que el viejo clavicordio desgrana lleno de pesadumbre! Eulalia la tenía olvidada, y de pronto creyó oírla muy lejana, con vaguedad de sueño, bajo la mirada de un húsar que luce sobre el dormán la cruz de Santiago. Habían bailado juntos el último vals. El húsar se lo recordó, y ella se puso encendida. Ahora, con una tristeza que le llena los ojos de

LA GUERRA CARLISTA

lágrimas y que no sabe explicarse, sin terminar el vals inclina la frente sobre el marfil del clavicordio, que produce un largo gemido:

—¡Qué loco! ¡Qué loco!... ¡Y se ha casado!...



X

Las cornetas alzaban su coro entre un són de campanas que tocaban á misa. Reunidos en el atrio de la iglesia, esperando la llamada del esquilón, atendían á la formación de la tropa algunos viejos señores, prez de la antigua villa agramontesa. Paseaban embozados en sus graves capas, y de tiempo en tiempo se detenían para hacer algún comentario. Don Teodosio de Goñi dejó oír su risa clueca:

—Desde el campanario de la iglesia, un buen

LA GUERRA CARLISTA

tiro, y cazaba al petimetre de la cruz encarnada, que sale ahora del palacio. ¡Si pudiera, aún entraba en mi casa por la escopeta!

Afirmó Don Íñigo de la Peña:

—Si lo hubiéramos pensado con antelación, pudimos tener escondidas las escopetas en el campanario y cazar á unos cuantos.

Sacando fuera del embozo la boca sumida, que semejaba una gran arruga, volvió á reír Don Teodosio:

—A mí no se me iba el húsar de la cruz colorada, y tampoco aquel sargento de los bigotes. ¡Le tengo gana al sargento aquél!

Susurró un viejo alto y espiritual, que llevaba una anguarina sobre los hombros:

—¡Coincidimos, querido Teodosio!

—¡También tú!

Todos aquellos señores hicieron extremos de

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

sorpresa, á la par de Don Teodosio. El caballero de la anguarina les fijaba los ojos, unos ojos dulces que tenían el misterio de dos flores:

—Ese sargento está alojado en mi casa...

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!...

Y reían todos con esa risa lenta y cascada que acaba siempre en toses. Barboteó Don Teodosio:

—¿Te ha dejado sin gallinas?

Y, dándolo por cierto, afirmó con gravedad socarrona el tonsurado Don Eulogio:

—No suponía en usted ese espíritu de venganza...

El anciano de la anguarina interrumpió:

—¡Ya sabéis que no tengo corral!... Pero ese sargento es un mal hombre. En mi cama está acostado un pobre pistolo á quien medio mató á palos. Lo hubiera matado si no bajo á las voces y se lo saco de entre las manos.

LA GUERRA CARLISTA

Don Pelay de Leza hablaba con la emoción de un niño. Su rostro viejo, de ojos tan puros, tenía la blancura transparente de la hostia y una claridad infantil. Los otros sentían el contagio de aquella emoción. Don Teodosio preguntó iracundo:

—¿Le tienes en tu cama á ese pistolo?

—Sí.

—Bueno... No debe volver á las filas... Será un soldado más para la Causa.

Don Diego Elizondo, un gigante de huesos, que llevaba antiparras negras, hizo gestos terribles y desdeñosos:

—¡Mal soldado el que se deja pegar! Que vuelva al regazo de su madre ese mocete... No sirve para carlista.

Cloqueó Don Teodosio:

—Pero que deje el fusil.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Se habían detenido haciendo corro, y volvieron á continuar su paseo al abrigo de la iglesia. En la plaza se reunían los cazadores al són de las cornetas. Llegaban apresurados por las callejuelas angostas, con el fusil al hombro y los roses enfundados de hule. A la puerta del palacio, un soldado sin armas tenía del diestro la oronda mula que solía montar el general, y á corta distancia unos bagajeros esperaban con varios caballos matalones que tenían enfundados los hocicos en sendos alforjines de cebada: Eran las monturas para los capitanes de aquella tropa de infantes, tributo de guerra que, después de largo pleito, otorgaba la Merindad. De pronto hubo gran movimiento en la plaza, y dos criados que abrían de par en par las puertas del palacio, arrendáronse á los lados con respeto. El general salía entre su Estado Mayor. Anda-

LA GUERRA CARLISTA

ba muy despacio, atusándose el frondoso mostacho, inclinada ligeramente la cabeza para oír á los que le hablaban. Antes de montar se acercó á los soldados, revistándolos en silencio, con las cejas fruncidas y un resuello gruñón. Habló con algunos sargentos veteranos, enderezó á un bisoño, sacudiéndole por los hombros con cierta brusquedad paternal, y estrechó la mano del capitán García:

—¿Qué hay, capitán? ¿Usted ha sido de la expedición del coronel Zurbano?

—Sí, mi general.

—¿Conocerá usted el valle de Arguña?

—Sí, mi general.

—¿Y los montes de Astigar? ¿O no llegó á cruzarlos el coronel Zurbano?

—Cruzamos entre los dos picos. Una marcha de diez horas para tres leguas, mi general.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¿Mal camino?

—No lo hay peor.

Halagado por aquel interrogatorio, el veterano tenía una sonrisa radiante. El general, de pregunta á pregunta, dejaba un gran espacio de silencio:

—¿Qué fuerzas carlistas perseguía aquella columna?

El capitán plegó el ceño é hizo semblante de meditar. Acababa de revelársele como un goce nuevo, el arcano de las pausas. Quería imitar al general en aquellas lagunas de silencio, y se sumergía en ellas como en un misterio voluptuoso y religioso:

—Obedecíamos órdenes secretas del Cuartel General... El coronel me distinguía, y varias veces escuché de sus labios que era empeño de honor acabar con las kabilas de Santa Cruz...

LA GUERRA CARLISTA

Y se puso una mano sobre el corazón, como si quisiese recordar el ademán heroico del coronel Zurbano:

—¿Dónde sorprendieron al Cura?

—No le sorprendimos. Cuando nosotros dominamos los montes, se había corrido á la raya de Francia. Tuvimos algún tiroteo con otra partida que nos vino hostilizando parte del camino, y acabó por huir ante nosotros. Un pastor nos dijo que era la partida de Miquel Egoscué.

El general quedó un momento caviloso:

—¡De suerte, que tan malo es el camino!

—¡Muy malo!

—Pues es preciso que nuestra gloriosa enseña flote victoriosa sobre las cumbres de Astigar.

El general levantaba la voz al mismo tiempo que iba corriendo la mirada por las filas de sol-

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

dados. El capitán sintióse inspirado y conmovido, como si acercase á sus labios la copa de los brindis, en el final de un banquete:

—Mi general, guiados por vucencia, llegaremos á clavar nuestra gloriosa bandera en el mismo sol.

Don Enrique España sonrió. De pronto, reparando en el bisoño, que volvía á torcerse bajo el peso del fusil, le preguntó:

—¿Todavía no has olido la pólvora?

El soldado le fijó las pupilas llenas de interrogaciones, como si no hubiese comprendido.

Un cabo le advirtió:

—Te pregunta si estás fogueado.

Y el soldado gritó como si el general estuviese á una legua de distancia:

—¡No, mi general!

—Pues hoy sabrás cómo silban, hijo.

LA GUERRA CARLISTA

Volvióse haciendo seña para que le acercasen su mula, y montó con la lentitud de un canónigo. Sonaron de nuevo las cornetas, y la escuadra de zapadores rompió marcha. Los viejos legitimistas que paseaban en el atrio se detuvieron para ver el desfile de la tropa. Don Teodosio de Goñi susurró bajo el embozo:

—¡Habrá que ver cómo vuelven!

Y Don Diego Elizondo repuso, afirmándose las negras antiparras:

—Con un poco más de barro en las polainas.

—¡Ó descalabrados!

El gigante de las antiparras volvióse al caballero de la anguarina:

—¿Tú crees en esta persecución contra el Cura?

Don Pelay de Leza miró á todos sonriendo con timidez, como si quisiese desagraciarlos, y

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

luego murmuró con una dulzura triste y cordial:

—¡No puedo creer en esas cosas!

Gritó Don Diego Elizondo:

—¡Yo tampoco! ¡Y afirmo su pacto con los liberales!

Suspiró Don Pelay:

—¡Están de acuerdo para desacreditar á los carlistas! ¡Las naciones nos hubieran concedido la beligerancia sin las ferocidades de Santa Cruz! No es afirmación gratuita: Son palabras del general Don Antonio Lizárraga.

Hacia tiempo que sonaba el esquilón, y el caballero de la anguarina entró á oír la misa. Los otros, todavía enredados en la discusión, le siguieron. Cloqueaba Don Teodosio:

—¡Manuel Santa Cruz podrá ser un equivocado, pero no es un traidor!

Rebatía Don Iñigo de la Peña:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Hace la guerra como un bandolero!

—¡Como debe hacerse la guerra! ¡Como debe hacerse la guerra!

Y gritaba Don Diego Elizondo:

—El Cura está de acuerdo con los guiris.
¡Pero no han contado con Miquelo Egoscué, ni con Don Pedro Mendía, ni con el Manco, ni con el Sangrador!...



XI

Miquelo Egoscué capitaneaba una tropa de cien boinas rojas, gente valerosa y sufrida. Aquellos mutilados parecían hermanos, hijos de algún viejo patriarca que todavía repartiese justicia bajo el roble de Astigar. Miquelo Egoscué se juntó con ellos en la cueva del monte, donde tenían su cuartel: Hizo matar las siete cabras que llevaba el pastor, y mientras se asaban para el banquete, en la gran hoguera de urces, enteró á sus mutilados de la carta del Cura.